



**Palabras  
en dos historias de amor latinas**

Albino Misseroni

Universidad Católica de Valparaíso

**I**

**S**on las historias de amor de dos jóvenes poetas latinos: Valerio Catulo, nacido en el año 84 a.C. en Verona y muerto en Roma a los 30 años y Sexto Propercio, nacido en Asís el año 50 a.C. y muerto en Roma a los 35 años de edad.

Llegan a Roma, ya entonces dominadora del mundo mediterráneo, todavía adolescentes, persiguiendo la fama. Su destino no será ni el campo de batalla ni el foro. La naturaleza les ha llenado el corazón de ensueños y los ha capacitado para emocionarse y construir paraísos de ilusiones. En efecto, será el amor el que los hará famosos, atrapándoles alma y sentidos, y concediéndoles el cielo y los infiernos de la dicha y de la infelicidad.

Vidas breves las de estos dos poetas, breves pero llenas de pequeños acontecimientos que giran alrededor de dos mujeres: Lesbia y Cynthia (nombres poéticos que recuerdan a Safo, la gran poetisa, y a Apolo, el dios de la poesía).

Lesbia y Cynthia ejercen sobre ambos jóvenes una atracción que va más allá de la seducción personal. Son mayores que ellos, son cultas, experimentadas, extremadamente audaces, y desprecian los convencionalismos. Por otra parte, Catulo y Propercio son de naturaleza vehemente y se sienten impulsados a vivir plenamente una relación que los envuelve muy pronto de modo tal que ya no sabrán distinguir entre sentidos y sentimientos. La época en que les toca vivir es una época de transición, un verdadero crisol de pasiones. Roma, sacudida por perturbaciones internas y externas, ejerce sobre ellos una fascinación avasalladora. Allí se encuentran jóvenes llegados de todos los rincones del imperio, muchachos deslumbrados por brillantes *magistri*, pero también hordas de aventureros dispuestos a medrar sin fijarse en los medios. Se liberalizan los antiguos *mores*, los vínculos matrimoniales comienzan a ser sobrepasados por los amores ilícitos, la vida licenciosa y los divorcios. Aparece una nueva clase de mujeres: las *sapphicae puellae Musis doctiores* y, de alguna manera, ellas van plasmando con su ejemplo esta nueva sociedad. Lesbia y Cynthia son dos de ellas. Los inexpertos provincianos caen en sus redes. Piden *aeternum foedus amicitiae* y se

encuentran con mujeres que sólo desean la aventura del *amor iucundus*. Tendrán todas las de perder, porque si ellos persiguen una relación más allá de lo meramente sexual, ellas empeñan sólo sensaciones y emociones a flor de piel. Todo esto da lugar a una serie de conflictos en los cuales las palabras, sus raíces, su uso, sus interpretaciones, nos presentan una admirable radiografía de pasiones y sentimientos. Estas palabras seguirán repitiéndose, apenas con algunas modificaciones, a través de los siglos.

## II

**L**esbia es la mujer que vive con Catulo un amor desafiante e incontrolable. No es la mujer fácil que se entrega inmediatamente, sólo lo hace al cabo de un largo asedio. Cuando consiente, lo hace de la forma más audaz y aventurera: simplemente huyendo de su hogar, de noche, y echando por la borda honor, posición y fortuna. Catulo responde a esta pasión vehemente con un sentimiento donde se alternan la ternura y el arrebato.

Lesbia es la tierna criatura que llora desconsolada por la muerte de una avecilla regalona

*Qui nunc it per iter tenebricosum  
Illuc, unde negant redire quemquam:*<sup>1</sup>

“que ahora va por un camino tenebroso,  
hacia allá de donde dicen que nadie vuelve”

Pero es, también, la que ríe en sus brazos, despreocupada y sin el menor temor a los *rumores senum severiorum* (5, 2). Sus versos, otrora descriptivos y desinhibidos, se cierran: sólo hablan de besos, muchos besos.

*Da mihi basia mille, diende centum,  
Dein mille altera, dein secunda centum,  
Deinde usque altera mille, deinde centum*

“Dame mil besos, luego cien,  
luego otros mil, luego cien más,  
luego aún otros mil, luego cien...” (5, 7-9).

Nos encontramos con hipérbolos espectaculares: los besos tienen que ser innumerables,

*Quam magnus numerus Libyssae arenae...  
Aut quam sidera multa, cum tacet nox,  
Furtivos hominum vident amores.*

<sup>1</sup> CATULO, *Carmina*, Zanichelli. Bologna, 1953 y *Cármenes*, UNAM, 1992; 3, 11-12.

“Tan gran número como las arenas de Libia...  
o como las estrellas que, cuando calla la noche,  
contemplan los furtivos amores de los hombres” (7, 3 y 7-8).

Atrás quedan los versos que eran esperados y leídos con fruición por los amigos, versos que relataban estilos amorosos, atributos y mañas de mujeres de vida fácil. Ahora los amigos esperan en vano. Catulo sólo se limitará a decir que su mujer es *pulcherrima tota* (76, 5), que es *candida* (86, 1). Se suceden días venturosos en perpetua identidad de sentimientos donde

*Quae tu volebas nec puella nolebat.*

“Lo que tú deseabas, la niña también lo deseaba” (8, 7).

Luego, la separación violenta, debido a la repetición de las traiciones. Un nuevo interés amoroso termina con las palabras eternas de las solemnes promesas. Y no sólo eso, con ese toque de refinada crueldad que ciertas mujeres muy amadas se complacen en exhibir, el rival de Catulo resulta ser su mejor amigo: sobre la traición, la infamia. Catulo íntimamente se consuela pensando con infantil rencor, que como él la ha amado, no la amará nadie jamás.

*Amata nobis quantum amabitur nulla* (8, 5).

Y aquí asistimos a una confesión sorprendente: Catulo dice no sentir celos por el hermoso cuerpo que ya no volverá a ser suyo, sino por la exuberancia, la inteligencia, el encanto de Lesbia... ¿Serán éstas sólo palabras?

En todo caso, su dolor y su desengaño conocen pronto un triste consuelo: tampoco su ex amigo y rival es feliz, pues acaba, al igual que él, siendo traicionado. Lesbia ha emprendido un camino difícil de superar y sus aventuras son ya el pan de cada día. Catulo se resigna: *vale, puella* (8, 12) escribe como adiós definitivo, decidido a irse muy lejos.

En las regiones orientales del Imperio parece encontrar paz y olvido. Algún tiempo después regresa, sin dinero y sin ánimo alguno. Reanuda viejas amistades, frecuente mujerzuelas. Lesbia lo busca insistentemente, Catulo, sorprendido, siente renacer de pronto locas esperanzas. El orgullo de sentirse vencedor le hace creer que todo volverá a ser como antes: él, el primero, el único. Se repiten las viejas promesas. Total, las palabras, si uno las busca, las encuentra. Entre besos y caricias siempre nuevos, Catulo cree ingenuamente ser tanto o más feliz que antes. A pesar de que allí, muy dentro de él, hay una voz insidiosa que lo pone en guardia. Inútilmente, Catulo cierra los ojos y repite como una letanía: Lesbia ha jurado y los juramentos son sagrados.

Finalmente, la razón se impone. Lesbia no puede cambiar. Asediada por un enjambre de machos anhelantes, sucumbe una vez más. Catulo asiste, desgarrado e impotente, a un innoble desfile de amantes. Ahora

Lesbia se pasea por los callejones y portales de la ciudad, haciendo mofa de él. El poeta le envía entonces un último mensaje, donde la culpa de haber asesinado su amor, como el arado troncha, al borde del campo, las florecillas silvestres

*Qui illius culpa cecidit velut prati  
Ultimi flos, praetereunte postquam  
Tactus aratro est (11, 12-14).*

Cuántas palabras en esta historia... Declaraciones de amor, manifestaciones de celos, acusaciones, pacificaciones, reproches, maldiciones, súplicas, desesperación. Lesbia llama eufemísticamente su relación con Catulo *iocundus amor* (109, 1). Catulo, en cambio, proclama su relación con Lesbia, como *sancta amicitia* (109, 6). Catalogándola así, coloca a ambos en un mismo nivel de igualdad al quitarle a Lesbia su condición de hembra, elevándola al de amiga.

Parece un juego de palabras. Sin embargo, la verdad es que para los antiguos, la amistad es desinteresada, perfecta. De aquí el calificativo de *sancta*. Catulo pretende atar a Lesbia, a fuer del pacto matrimonial que Lesbia, ni siquiera después de la muerte de su marido, Quinto Metello, querrá aceptar con lazos de eternidad. De esta manera, cuando el amor *iocundus* (109, 1) perezca con el tiempo, lo podrá reemplazar con el placer de la mutua comprensión. Serán lazos de amistad familiar, así como aman los padres a sus hijos, es decir, sin la intervención de los sentidos. De aquí deriva el drama de Catulo y el fracaso de su amor. Por un lado, pretende envolver a Lesbia en una red de ternura, devoción y perennidad: *bene velle* (75, 3). Por otro lado, la atracción sexual *amare* (75, 4) que siente por ella, lo hace caer cada vez más bajo, en un pozo que lo atrapa, lo ciega y lo aniquila. De allí la confesión:

*Nunc te cognovi:quare et impensius uror,  
Multo mi tamen es vilior et levior.  
Qui potis est? Inquis:quod amantem iniuria talis  
Cogit amare magis, sed bene velle minus".*

“Hoy te conocí. Por eso, aunque ardo más fuertemente, me eres, con todo, mucho más vil y leve.  
¿Cómo es posible?, preguntas. Porque tal injuria al amante le obliga a más amar, pero a estimar menos” (72, 5-8).

En la base del amor está el deseo carnal; en cambio, la amistad se fundamenta en el aprecio y el respeto: Y Catulo se encontrará cada vez más enamorado de una mujer a la cual, en el fondo, desprecia. ¿Cómo es esto posible? se pregunta angustiado. Si alguien pudiera contestarle... Su drama será de aquí en adelante, amar y odiar contemporáneamente.

Es que en la base misma de esta paradoja, hay una *iniuria*, es decir, una falta cometida por Lesbia en contra del *ius amantium*, que es la *fides*,

el *foedus* pactado entre ambos. La *iniuria* hace desaparecer el aprecio y la *amicitia*, pero no alcanza a rozar el deseo, la pasión carnal. Es decir, se podría considerar como un incentivo más para poseer a la mujer.

En los *Carmina* no es difícil encontrar este divorcio entre las palabras y los hechos reales. En los días del *discidium*, Lesbia habla mal de Catulo en presencia del marido y esto es causa de gran alegría para el pobre necio. Catulo irrumpe con violenta ironía: *mule, nihil sentis!* (83, 3). Y continúa razonando: si se mantuviera callada, esa sería señal de buena salud. El hecho de que hable sin cesar, *gannit et obloquitur* (83, 4), quiere decir que no sólo no puede borrarlo de su recuerdo, sino que lo que es peor, está furiosa. Y por eso *uritur et coquitur* (83, 6).

Vuelve el mismo argumento más adelante: Lesbia habla mal de él sin cesar

*Mi dicit semper male nec tacet umquam* (92, 1)

Pero ahora esa actitud infantil es una prueba elocuente para Catulo de que lo sigue amando: *Lesbia me dispeream nisi amat* (92, 2) y a continuación aporta el argumento decisivo: a ella le ocurre lo mismo que a él, aun detestándola *dispeream nisi amo* (92, 4).

En otro poema, Catulo tiende a proyectar su situación y a transformarla en una ley universal:

*Nulli se dicit mulier mea nubere malle  
Quam mihi, non si Iuppiter ipse petat.  
Dicit: sed mulier quod dicit amanti  
In vento et rapida scribere oportet aqua.*

“Dice mi amada que con nadie quisiera unirse más que conmigo, ni aun si el mismo Júpiter se lo pidiera. Lo dice, pero lo que una mujer dice a su amante hay que escribirlo en el viento y en el agua veloz” (70, 1-4).

Por lo tanto, la palabra de una mujer, y Lesbia, en la intención de Catulo, es la digna representante de todas, no puede merecer confianza alguna. Más tarde, cuando Lesbia se aleja definitivamente, cuando vaga como hembra en celo revolcándose y revolcándolo en su infamia, Catulo calla, no sin antes maldecirla:

*Cum suis vivat valeatque moechis,  
Quos simul complexa tenet trecentos,  
Nullum amans vere, sed identidem omnium  
Ilia rumpens.*

“Que viva y goce con sus amantes, que a un tiempo abrazados tiene a trescientos, a nadie amando, mas rompiendo a todos siempre los flancos” (11, 17-20).

A Catulo no le queda sino culparse por ser como es y no poder remediarlo. Ahora no se trata ya de la culpa del que infringe, como antes, la ley. Ahora es la culpa de cometer una mala acción contra sí mismo. Como su conciencia rechaza esta conducta, encuentra un solo término para definir su amor: *morbus*. La suya es una enfermedad y de las peores, por lo que tiene de insano y anormal. Pues bien, si él no es capaz de tomar una decisión, deberá aceptar esto como un castigo, un castigo divino. Es el momento en que no pudiendo resolver su problema en esferas humanas, recurre a los dioses. Examina su comportamiento y reconoce no haber violado nunca la *sancta fides* (76, 3) y llega a la conclusión de no haber abusado jamás de los dioses para engañar a los hombres *foedere in ullo* (76, 3). Si es así, no merece el destino que le ha tocado, un *amor ingratus* (76, 6). Abandona su mundo terrenal, lleno de pasiones, donde todo, acciones y palabras, sucumbió por confiar en un corazón ingrato, *mens ingrata* (76, 9) y dirige su mirada hacia lo alto, donde moran los dioses.

*O di, si vestrum est misereri, aut si quibus unquam  
Extremam iam ipsa in morte tulistis opem  
Me miserum aspiciate...*

“¡Oh dioses, si conocéis la compasión o si jamás en el postrer momento, habéis socorrido a alguien en la misma muerte, miradme en mi desdicha...” (76, 17-19).

Y si una voz insidiosa le está insinuando de que

*Difficile est longum deponere amorem*

“Es difícil abandonar de pronto un largo amor” (76, 13),

la conclusión es firme y definitiva

*hoc facias, sive id non pote sive pote*

“Es difícil, pero debes hacerlo, sea como fuere” (76, 16).

Su amor adquiere ahora la categoría de *pestes perniciosae* (76, 20), una especie de *torpor* (76, 21) que se desliza hacia las fibras más íntimas, expulsando de su corazón toda alegría.

Pero ahora, lo que les pide a los dioses no es que Lesbia regrese o modifique su conducta. Ahora les pide por su salud física y mental, seriamente comprometida por el *taeter morbus* (76, 25). Frente a todos los dioses, Catulo reitera que ha cumplido, que fue fiel a un pacto que, con el juramento avalado por todos ellos, adquiere categoría de divino.

*Nam quaecumque homines bene cuiquam aut dicere possunt  
Aut facere, haec a te dictaque factaque sunt.*

“Pues todo cuanto los hombres pueden decir o hacer por alguien tú lo has dicho y lo has hecho” (76, 7-8).

Más de alguien podría objetar la pureza de Catulo, *si vitam puriter egi* (76, 19), ya que Catulo no sólo infringió el código conyugal cometiendo adulterio, sino que tuvo, incluso, otras conductas poco edificantes, de las cuales dan testimonio sus propios versos. Habrá que traducir entonces *purus* no ya como *puro*, sino *purificado*. Purificado por el recuerdo de una vida entera al servicio de un amor que, aunque infame, logró la catarsis a través del dolor.

### III

Conozcamos ahora la historia de amor de Sexto Propercio. En la elegía que introduce el libro IV, nos informamos que el poeta, luego de perder casi la totalidad de las tierras heredadas de su padre, a causa de la guerra de Perusa, dirigió sus pasos hacia Roma. Tenemos apenas noticias de sus comienzos balbuceantes en el foro, de su inmersión en el mundo culto y elegante de la capital, donde encuentra a los que serán sus amigos y donde conoce a mujeres hermosas. Entre ellas, a Cynthia. De familia modesta, que probablemente no conoció nunca la vida regalada, Cynthia se revela inmediatamente como amante del lujo y con una inclinación natural a colocar esta clase de vida por encima de toda otra aspiración.

Es tal vez por eso, que el mismo canto de amor con el cual Propercio inicia su vida sentimental, aparece teñido por una suave melancolía, que es posible captar en las expresiones retóricas de la tradición:

“Quienquiera que haya sido el que representó a Amor como adolescente, tuvo una intuición maravillosa... dotó al dios de alas y lo dirigió artero al corazón humano, haciéndolo latir desacompañadamente, trasportándolo en brazos del viento, sin rumbo ni voluntad... armó su mano de aguda flecha y colgó un repleto carcaj a sus espaldas; de esta manera ataca leve y certero, sin que nadie advierta su presencia hasta caer herido... Y una vez atrapado, el corazón se rendirá sin luchar, porque habrá aprendido, demasiado tarde, que ya no habrá fuerza humana capaz de liberarlo de esa dulce esclavitud...”<sup>2</sup>.

2 PROPERCIO, *Elegie*, Einaudi, Torino 1970; y *Elegías* UNAM 1983/1963; 2, 12, 1-8; Trad. A. Misseroni.

Esta sería una especie de condición común a todos los hombres:

*Ante ferit quoniam tuti quam cernimus hostem,  
Nec quisquam ex illo vulnere sanus abit*

“Pues hiere antes que, salvos, al enemigo miremos,  
y ninguno, de aquella herida, parte sano” (2, 12, 11-12).

La Cynthia de Propertio es una mujer que tiene conciencia del poder que ejerce y este poder se complace en acentuarlo, preocupándose de los menores detalles de su persona. El poeta canta como deslumbrado a su *fulva coma* (2, 2, 5), sus *longae manus* (2, 2, 5), su estatura arrogante, *maxima toto corpore* (2, 2, 5-6), su caminar majestuoso y ondulante, ya que *incedit vel Iove digna soror* (2, 2, 6). Su modo de presentarse es siempre espectacular: moviendo los leves pliegues de su vestido o luciendo transparentes túnicas que ponen en evidencia sus formas estatuarias:

*Sive illam Cois fulgentem incedere cogis,  
Hac totum e Coa veste volumen erit;*

“Si haces que ella camine, fulgente, en telas de Cos,  
bajo esta veste de Cos aflorarán todas sus curvas” (2, 1, 5-6).

*Seu vidi ad frontem sparsos errare capillos,  
Gaudet laudatis ire superba comis.*

“O si vi por su frente errar los esparcidos cabellos,  
de sus alabados rizos alegre se ufana” (2, 1, 7-8).

Es decir, Cynthia sabe darle a su cuerpo, pero también a sus movimientos, ese toque felino y refinado a la vez, mezcla de sensualidad, alegría de vivir y encanto que Propertio, a pesar de su juventud, piensa justamente que es algo más único que raro.

Las palabras utilizadas por Propertio son muy especiales, casi retóricas, sin embargo, revelan una realidad precisa:

El poeta dice que no le ha conquistado el esplendor de la figura de la amada, que sin embargo alaba reiteradamente:

*Lilia non domina sint magis alba mea* (2, 3, 10);

“Los lirios no sean más cándidos que mi señora”

Los colores de su rostro

*Utque rosae puro lacte natant folia* (2, 3, 12);

“Son como pétalos de rosa, errantes en leche pura”



No lo han conquistado

*Comae per levia colla fluentes (2, 3, 13);*

“Los cabellos que cubre su cuello delicado”

Ni

*Geminae sidera nostra faces (2, 3, 14);*

“Sus ojos que brillan como estrellas”

Ni tampoco

*Si qua Arabio lucet bombyce puella (2, 3, 15).*

“El cuerpo divino que se trasparenta a través de las sedas de Arabia”

Acude a las leyendas mitológicas y hace desfilar a las mujeres del mito para darnos una pálida idea de los méritos de Cynthia. Lo que lo ha conquistado, sostiene, es en primer lugar, la gracia con la cual Cynthia danza después del banquete:

*Quantum quod posito formose saltat Iaccho,  
Egit ut euhantis dux Ariadna choros;*

“En cuanto, por danzar hermosamente en la fiesta de Baco, conduce como Ariadna corega los coros delirantes” (2, 3, 17-18);

en segundo lugar, la habilidad para cantar canciones de amor, basándose en las letras de Safo o Alceo, ensayando juegos dignos de Aganipe:

*Et quantum, Aeolio cum temptat carmina plectro,  
Par Aganippaeae ludere docta lyrae;*

“y así, cuando con Eolio plectro cármes tienta, en tocar docta, es par de la Aganípea lira” (2, 3, 19-20);

y finalmente, la lectura de sus propios poemas, dignos de la famosa Corina:

*Et sua cum antiquae committit scripta Corinnae,  
Carmina quae quivis non putat aequa suis.*

“Y al comparar sus escritos con los de la antigua Corina,

juzga, como todos, los de aquélla no iguales a los suyos" (2, 3, 21-22).

La conclusión fluye espontáneamente y natural:

*Hac ego nunc mirer si flagret nostra iuventus?*

"¿Yo me admiraré, si mi juventud arde ahora por ésta? (2, 3, 33).

El poeta no teme de que lo puedan acusar de exagerado y concluye sin temor

*Post Helenam haec terris forma secunda redit.*

"Después de Helena, esta forma volvió a las tierras" (2, 3, 32).

Y se van sucediendo reminiscencias míticas y expresiones metafóricas.

Después de tanta admiración, que muy a menudo alcanza características de adoración, no llama ya la atención que Propercio desee arribar con esta mujer a una playa desierta, él y ella solos, como olvidados del mundo:

*Unum litus erit sopitis unaque tecto  
Arbor, et ex una saepe bibemus aqua;  
Et tabula una duos poterit componere amantis  
Prora cubile mihi seu mihi puppis erit.*

"Sola una costa a los dormidos, y, como techo, habrá un árbol solo, y de la misma agua a menudo beberemos; y una sola tabla a los dos amantes podrá poner juntos; la proa me será lecho, me lo será la popa" (2, 26b, 31-34).

Se podría criticar esa visión de *isla afortunada*, concentrada en una naturaleza mínima (*unum litus... unaque arbor... una aqua*) y que hace juego con esa *tabula una* en contra de la cual podría desatarse la envidia de los dioses.

Sin embargo, esta mujer que cuenta con la total devoción de un amante incondicional, es una mujer infiel a la que muy probablemente no le haría gracia alguna terminar náufraga en una isla desierta con un poeta... Ella cuenta con amantes generosos, cuyas vidas sería ingenuo imaginar fuera de los muros de la ciudad. Propercio vive el infierno de los celos; sin embargo, en lugar de huir, hace de ella la razón de su vida y la fuente inagotable de su poesía.

A veces logra superar esta contradicción vital, resignándose a su condición, culpando al ambiente corrompido que la rodea: las playas de Bayas, la vida ociosa de la capital, la irresistible atracción del dinero abundante y, finalmente, la seducción de la infidelidad. Sin embargo,

aquí también se juega con las palabras, pues Propercio sabe muy bien que las *quadrantariae* no suelen ser ni tan crueles, ni tan infames en su proceder.

Triste y doloroso amor el de Propercio, amor al cual no puede ni quiere renunciar:

*Mi neque amare aliam neque ab hac desistere fas est:  
Cynthia prima fuit, Cynthia finis erit.*

“Para mí, ni amar a otra ni de ésta desistir es posible.  
Cintia fue la primera. Cintia será el final” (1, 12, 19-20).

Propercio se conforma con la esperanza de poder quedar siempre en el corazón de Cynthia. A pesar de que de pronto su esperanza comienza a flaquear. Cynthia está jugando con las palabras, promete, sabiendo que no va a cumplir y llega, sin inmutarse, al perjurio. Propercio atina apenas a balbucear una frase incoherente

*Sis quodcumque voles, non aliena tamen.*

“Seas cualquier cosa quieras; no, sin embargo, algo ajeno” (1, 15, 32).

Palabras contradictorias y sin sentido. Propercio reflexiona y llega a la absurda conclusión, de que cualquiera puede, con regalos, conquistar el amor y que toda mujer está destinada a ser seducida. Todo depende del regalo y de la *levitas*, eterna amiga y compañera de las mujeres hermosas.

Sueña con llevar con él a Cynthia lejos de la ciudad, donde no haya admiradores ni amantes, que con su acoso y regalos pongan a prueba su honestidad. Allí, en pleno campo, no habrá más riñas bajo sus balcones, ni será perturbado su sueño por llamadas indiscretas, ni habrá juegos lúbricos que puedan atraerla, ni lugares propicios que le faciliten la oportunidad de caer.

Y se sigue jugando con las palabras. Propercio sostiene que su amor lo condena a sufrir y se da cuenta, a un mismo tiempo, que también Cynthia sufre, que a pesar de todo, sigue siendo suya. Y estando con ella, al menos en pensamiento, no le importa tener que luchar contra numerosos rivales, de la misma manera que no podría sin ella disfrutar de la paz.

Luego, la conclusión filosófica:

*Omnia vertuntur: certe vertuntur amores:  
Vinceris aut vincis, haec in amore rota est.*

“Todas las cosas se mudan; múdanse, en verdad los amores:  
te vencen o vences; ésta es de amor la rueda” (2, 8, 7-8).

El poeta se lamenta: ¡cuántos regalos intercambiados! ¡cuántos versos escritos y olvidados!... Palabras. Hasta que se desliza la expresión cruda, que revela una situación insostenible,

*Risus eram positus inter convivia mensis.*

“Yo era la risa durante los banquetes, en las mesas dispuestas” (3, 25, 1).

La conciencia de haberse expuesto al ridículo, hace que estalle el desahogo: grita a Cynthia que no le importan ya sus lágrimas, porque la conoce; cada vez que llora es para ocultar una traición. El *discidium* es inevitable.

*Flebo ego discedens sed fletum iniuria vincit*

“Lloraré yo al partirme; mas vence al llanto la injuria” (3, 25, 7).

Llegará pronto la *longa nox* (2, 15, 24) y ya no será posible ver la luz del día, *nec reditura dies* (2, 15, 24).

*Ac veluti folia arentis liquere corollas  
Quae passim calathis strata natate vides,  
Sic nobis, qui nunc magnum spiramus amantes,  
Forsitan includet crastina fata dies.*

“Y como dejaron las resacas corolas los pétalos que, echados en los vasos, miras nadar sin orden, así a nosotros, que amantes hoy cosas grandes esperamos, acaso el día de mañana nos cerrará los hados” (2, 15, 51-54).

¿Qué será lo peor de ese momento? Tal vez lo que el poeta expresara un día feliz,

*Sed ne forte tuo careat mihi funus amore,  
Hic timor est ipsis durior exequiis.*

“Pero (temo) que de tu amor mi funeral acaso carezca, este miedo es más duro que las exequias mismas” (1, 19, 3-4).

Sobre su tumba habrá el siguiente epitafio:

*Ardoris nostri magne poeta iaces (1, 7, 24)*

“Del ardor nuestro, magno poeta, yaces”.

De este modo llega a su término un amor calificado sucesivamente como *incautus, verus, bonus, magnus, felix y pluris patrio nomine habitus*; un

amor *non satis tempore longus*, hasta tener metamorfosis sucesivas y transformarse en *nullum habens modum, vacuus, vesanus*.

Sus verdugos fueron la *levitas* femenina, la *invidia* de los dioses y de los hombres, la *nequitia* de Cynthia y sus *blanditiae* en las cuales Propertio nunca debió confiar.

Por lo demás, la ilusión de que ella, allá abajo (¿en los campos Elíseos o en el Tártaro?), lo seguirá amando en forma de sombra,

*Illid quidquid ero, semper tua dicar imago,*

“Allá; lo que fuere, siempre nombrado seré imagen tuya”,

y la certeza de que

*Traicit et fati litora magnus amor,*

“El gran amor las playas también del hado cruza” (1, 19, 12).

se manifiestan con las expresiones retóricas de que está lleno el lenguaje amoroso.

#### IV

**H**emos podido constatar a través de los versos de Catulo y de Propertio, cómo los dos poetas han logrado dar a su amor profundidad y estabilidad. Lo han vinculado con los valores tradicionales como los *mores maiorum*, el rechazo de todo artificio como “los destellos prestados del rostro” y, principalmente, la *fides*. Es éste uno de los valores fundamentales de la ética romana, una especie de *foedus* con todas sus normas y procedimientos.

*Ut liceat nobis tota perducere vita  
Aeternum hoc sanctae foedus amicitiae*<sup>3</sup>

“Para que nos sea permitido mantener toda la vida  
este pacto eterno de santa amistad”

*Foedera sunt ponenda prius signandaque iura  
Et scribenda mihi lex in amore novo*<sup>4</sup>.

“Deben ser puestos los pactos primero, y signado el derecho,  
y en el amor nuevo por mí la ley debe ser escrita”.

3. CATULO, *op. cit.*, 109, 5-6.

4. PROPERTIO, *op. cit.*, 3, 20, 15-16.

No tiene mayor importancia que lleguemos a la conclusión de que esta actitud de Catulo y Propertio aparezca a todas luces contradictoria. Ellos buscan en el amor libre valores puros y perennes, de tal modo, que la mujer amada no se limite a ser objeto de placer, sino que proporcione a la vida un sentido trascendente. Entonces el *foedus amicitiae* se convierte en un pacto solemne, donde la pasión tiene matices de ternura y el *bene velle* se alterna con el *amare*.

Todo este proceso con sus innumerables alternativas está fijado en palabras eternas. Palabras que no se limitan a reproducir sensaciones, emociones y sentimientos que se suceden en el alma, o en imitar a los poetas alejandrinos, sobre todo en la recreación de los mitos, pues logran aprisionar en ellas la verdad de la vida y el encanto de la belleza.

Es cierto que nos encontramos en ocasiones con palabras que no nos convencen y que nos atrevemos a definir de retóricas. Sin embargo, en general, se trata de expresiones sinceras, que acompañan, como música de fondo, los sentimientos, el desencadenarse del deseo amoroso o de la ira salvaje, el asomarse de la ilusión o el arreciar del dolor. Son términos familiares, expresiones que no siempre alcanzan a encubrir la vulgaridad, diminutivos que revelan cariño o epítetos de grueso calibre.

Pero, por efecto de estas palabras, Lesbia y Cynthia, matronas adúlteras, cortesanías mantenidas, damas desvergonzadas, se transforman en modelos de amor eternos.